

El oficio y la vida militar a través del diálogo hispánico del siglo XVI¹

Sara Bellido

(Fundación Ramón Menéndez Pidal-Instituto Universitario Menéndez Pidal [UCM])

El siglo XVI supuso un momento de inflexión en el ámbito militar, motivado tanto por los cambios que se producen en la técnica y táctica de la guerra como por los importantes conflictos que implicaron a las grandes potencias europeas. Desde las contiendas en territorio italiano de principios de siglo, en las que las coronas españolas y francesa se disputaron el control de un territorio fragmentado, a las posteriores guerras ‘de religión’ en Europa y el Mediterráneo,² que supondrán, a la larga, el fin de la hegemonía militar hispánica. En todas ellas, se pusieron en práctica y se perfeccionaron las nuevas técnicas y estrategias, basadas en el cada vez mayor uso de la artillería. La generalización del empleo de la pólvora, la artillería mecánica y la arcabucería implicó una serie de cambios necesarios en los planteamientos de la guerra, organización de los ejércitos y, por supuesto, fortificación de las barreras defensivas.

Estos movimientos bélicos y las mencionadas innovaciones propiciaron, entre otras cosas, la aparición de textos, de distintos géneros, sobre teoría militar, la vida de la milicia, la disciplina en el ejército, etc. Como señalan, entre otros, González de León (62-63) o Merino Peral (123-148 y 388), los primeros en ver la luz y los más difundidos en la primera mitad de siglo serán los escritos por autores italianos, pero, a partir de la segunda mitad, serán los españoles quienes tomen la iniciativa en la redacción de este tipo de obras. Merino Peral (133-148) recoge veintiséis publicaciones de autores italianos sobre este asunto, especialmente sobre los modos de fortificación o las nuevas técnicas armamentísticas, muchas de ellas impresas en Venecia. Sin embargo, a partir de mediados del siglo XVI, González de León (64-65) contabiliza más de sesenta publicaciones de textos españoles, la mayoría de ellos redactados por experimentados oficiales.³

La situación de los tercios en Flandes probablemente contribuyó al creciente interés por la materia y favoreció el éxito editorial de algunas de estas obras, muchas de ellas, precisamente, impresas en Amberes. La confluencia de los ejércitos españoles y flamencos en este lugar habría supuesto un público receptor que acogería con avidez dichas publicaciones.

La ocupación de los Países Bajos por los tercios al mando del duque de Alba en 1567, con el consiguiente encuentro con un nuevo campo de batalla muy distinto del italiano, habría marcado el punto de inflexión a partir del cual el mundo militar hispánico habría conocido una notable renovación interna. [...] la propia actuación de los tercios en Flandes sería, por otra parte, la constatación de la asimilación de los nuevos planteamientos estratégicos y por tanto de su aplicación real, (Martín Polín, 34)

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto “Dialogyca: Del manuscrito a la prensa periódica. Estudios filológicos y editoriales del Diálogo Hispánico en dos momentos” (Referencia: MCIU/AEI/FEDER PGC2018-095886-B-100), del Instituto Universitario Menéndez Pidal (IP: Ana Vian y Mercedes Fernández Valladares).

² Las implicaciones políticas y económicas de estos enfrentamientos son evidentes, por lo que no pueden calificarse únicamente de guerras de religión, pese a que esta es la denominación genérica que se ha perpetuado en el tiempo.

³ Esther Merino Peral (2002, 399-451) recoge solo veinte títulos. La diferencia estriba en que solo anota los textos conservados, de forma impresa o manuscrita, en la Biblioteca Nacional de España, mientras que González de León basa su cálculo en repertorios bibliográficos de impresos no solo españoles.

De hecho, no cabe duda de la repercusión que algunas de estas obras tuvieron más allá de las fronteras españolas. El *Diálogo sobre el oficio de sargento mayor* de Francisco de Valdés (también conocido como *Espejo y disciplina militar*) fue impreso en cinco ocasiones en Madrid y Amberes entre 1578 y 1596 (más una emisión de 1598) y traducido al inglés en 1590 y al italiano en 1598 y 1626; de los *Diálogos del arte militar* de Bernardino de Escalante se conocen al menos cuatro ediciones en Sevilla y Amberes hasta 1604 y el *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado* de Sancho de Londoño fue también impreso al menos en cuatro ocasiones en España y Flandes (de forma exenta o junto al diálogo de Valdés) durante el siglo XVI y fue traducido al francés, además de ser difundido de forma manuscrita, de acuerdo a los testimonios que nos han llegado (cfr. Bellido 2021, 80-81 y Bellido En prensa). Para Laura Manzano, este éxito editorial sin duda influyó en la aparición posterior de textos similares del bando flamenco (Manzano Baena, 31).

En cualquier caso, no parece casual que los textos más difundidos de autoría hispánica, los de Valdés y Escalante, se sirvan del género del diálogo, siendo, además, esta forma la elegida por otros autores de algunas de las obras más significativas y conocidas hoy día, como los *Diálogos de la vida del soldado*, de Diego Núñez Alba (publicados en Salamanca: Andrea Portonaris 1553), el *Diálogo de la verdadera honra militar* de Jerónimo Jiménez de Urrea (Venecia: Joan Grifo 1566) o los *Diálogos militares* de Diego García de Palacio (cuya primera edición aparece en México: Pedro Ocharte 1583). A ellos podemos sumar, además, parte de los *Coloquios* de Baltasar de Collazos (Lisboa: Manuel Juan 1568), quien fue igualmente militar y dedica algunas páginas de su obra a este asunto, la *Plática manual de Artillería* de Luis Collado (Milán: Pablo Gotardo Poncio 1592), que se decanta igualmente por el diálogo para la última parte de su obra, o los *Coloquios militares* de Fernán López Alfonso, conservados de forma manuscrita, pero probablemente escritos, por las referencias internas, en los años 70-80 del siglo XVI.

De todas ellas, para el presente trabajo se han seleccionado los textos de Núñez Alba, Collazos, Valdés, Escalante, López Alfonso y García de Palacio, que coinciden en el planteamiento de algunas ideas y críticas sobre la vida militar a cuyo análisis se dedican las próximas páginas.⁴

La mayoría de los autores mencionados comparten un rasgo común, el de haber ejercido la profesión militar, generalmente en Flandes, pero, en algunos casos, también en Italia, lo que les convierte en ejemplos evidentes de la cada vez mejor vista unión de las armas y letras en el caballero. La experiencia previa les confiere el conocimiento necesario para tratar la materia de la que se ocupan en su obra, como bien señala González de León (65), y les sirve, a su vez, de justificación para la redacción del texto. Así, entre los motivos que aducen algunos de estos autores está precisamente el de ofrecer a los soldados y oficiales españoles un conocimiento basado en la propia idiosincrasia de su ejército, además, por supuesto, de ser una materia hasta entonces no tratada o de la que no existen textos basados en la probada experiencia militar (Merino Peral, 166-168). Así, por ejemplo, Francisco de Valdés (1578, f. 3r) señala que:

he hecho lo que la pobreza de mi ingenio me ha concedido (para lo que podré decir con verdad que he tenido poca más lumbre de la que por la experiencia he alcanzado) por no haber visto hasta ahora que alguno haya escrito particularmente sobre la materia, lo cual, aunque parezca atrevimiento, tanto más me incitó a no rehusar esta fatiga, conociendo la mucha necesidad que había de que no ignoren muchos que a este

⁴ Se ha prescindido de aquellos más técnicos, como el de Luis Collado, o cuyo tema deriva a cuestiones de otra índole, como ocurre con la obra de Jiménez de Urrea. Queda pendiente su estudio para un posterior trabajo por cuestiones de espacio.

oficio, más por favor que por méritos y suficiencia, son elegidos lo que tanto es necesario entiendan para bien ezercitar cargo de tanta importancia,⁵

mientras que Bernardino de Escalante aduce que escribe sus diálogos

en que se contienen todas las cosas que les tocan en particular a los oficiales de la guerra y armadas de la mar, para que los soldados bisoños, leyéndolos, se hagan prácticos en breve tiempo, ya que en nuestra España falta de todo punto esta doctrina. (1583, f. [*]3r)

Sobre la elección del género concreto del diálogo apenas se manifiestan los autores de estas obras. Tan solo Núñez Alba dice que:

los diales [i.e. diarios], de que antes pensaba hacer comentarios, los convertí en dos diálogos, que, conforme al parecer de algunos, quieren en español dezir razonamiento de dos, aunque, conforme al mío, lo que los griegos en su lengua dixerón *Dialogo* es lo mesmo que los latinos en la suya llamaron *Colloquium*, que en español no sabría yo nombre que darle más propio que sabia y buena conversación. Intitulelos de la vida del soldado para poder, conforme al título, escrebir las particularidades que he visto en este hábito en tantos años como ha que lo tengo. (1553, f. 7v)

Sin embargo, podemos deducir que el resto de los autores se basan en planteamientos similares a los de este y los que encontramos en otras obras de la misma forma con distinta temática. Así, es habitual que quienes se decantan por este modelo literario se refieran al carácter didáctico que le es propio. El molde dialógico ofrece la posibilidad de tratar con más o menos profundidad temas de muy distinta índole de un modo más ameno que el tratado o discurso (otras de las formas más habituales entre los textos de tema militar). Al presentar las ideas que el autor desea mostrar en forma de conversación, se consigue dar la impresión de una multiplicidad de puntos de vista que, en la práctica, es solo aparente, pues en general se trata de un pensamiento monológico disfrazado de controversia.

Son tres las tipologías fundamentales en las que podemos dividir las obras en función de su planteamiento argumentativo: diálogo polémico, en el que se enfrentan dos o más posturas aparentemente opuestas y cada una de ellas se defiende con cierta igualdad por parte de los interlocutores implicados, que se sitúan al mismo o similar nivel de conocimiento; diálogo pedagógico, en el que uno de los interlocutores ejerce el papel de maestro y el resto se sitúan en la posición de discípulos, contribuyendo con sus cuestiones o dudas al desarrollo del tema examinado; y diálogo heurístico, en el que los distintos interlocutores colaboran aportando argumentos en una búsqueda compartida de la verdad sobre la cuestión planteada (cfr. Vian Herrero 2001).

En el caso de los diálogos militares, en contra de la habitual identificación del género por parte de autores y crítica con los modelos platónico o ciceroniano (Merino Peral, 169), con frecuencia identificados con una estructura polémica que no siempre era tal, la estructura argumentativa predominante es la pedagógica, en la que lo más frecuente es que las intervenciones del personaje que ejerce de maestro sean más extensas y abundantes, pues

⁵ Cito las obras mencionadas según transcripción propia y doy la referencia de la primera edición impresa. La mayoría de ellas tienen edición moderna publicada por el Ministerio de Defensa (cuya referencia incluyo siempre en la bibliografía final), pero no las utilizo, salvo especial necesidad, por contener casi todas ellas evidentes erratas y errores de transcripción. En los casos en los que existe una edición moderna solvente, sí recorro a ellas, lo que se señala en la referencia utilizada.

sobre él recae la carga didáctica, mientras que el interlocutor discípulo se limitará a plantear las cuestiones que deben resolverse o manifestar su acuerdo o sus dudas con respecto a las respuestas del maestro. Rara vez los personajes que ostentan la función de discípulo plantean una verdadera oposición a los argumentos del interlocutor principal o cuestionan de modo fundamentado sus consideraciones, tan solo las obras de Collazos o de López Alfonso muestran, en algunas partes, un planteamiento polémico o, incluso, brevemente heurístico. En el resto de textos, más allá de las preguntas directas sobre la cuestión que se esté tratando, las intervenciones de los interlocutores-discípulos se basan en la manifestación de su adhesión a las ideas establecidas por el maestro o en el establecimiento o renovación del pacto interlocutivo. Esto no implica, no obstante, que su papel en la configuración del diálogo no merezca importancia, pues sus intervenciones resultan fundamentales e imprescindibles para que se produzca un avance en el desarrollo argumentativo. Es decir, las cuestiones planteadas por los discípulos condicionan y favorecen las explicaciones del maestro, al igual que su adhesión a los argumentos o el interés que muestran en que continúe la conversación a lo largo de diferentes jornadas (en muchos de los casos).

Es en el inicio de la conversación, cuando se establece ese pacto interlocutivo -es decir, cuando los interlocutores manifiestan su intención de mantener un diálogo y acuerdan el tema sobre el que versará la conversación-, cuando también suele configurarse el reparto de papeles entre los personajes, que rara vez se altera a lo largo de la obra.

En el más antiguo de los textos manejados, los *Diálogos de la vida del soldado* de Diego Núñez de Alba, los interlocutores asumen ya esta distribución pedagógica de papeles desde el comienzo. Así, tras cruzarse en el camino entre España y Alemania, a la hora de la siesta, el veterano soldado Milicio (cuyo nombre parlante es evidente) mostrará su conocimiento directo sobre la vida en el frente y las campañas realizadas en Alemania por el Emperador y el Duque de Alba al joven Cliterio, primo suyo, quien desea conocer los entresijos de esta profesión para dedicarse a ella y, por lo tanto, asumirá el papel de discípulo que acepta las explicaciones de su maestro. La visión desengañada del oficio militar que le muestra el viejo soldado logrará la adhesión de Cliterio a sus presupuestos y que abandone su pretensión de unirse al ejército español. Si alguna duda aún alberga, hacia el final de la obra, un tercer interlocutor, denominado Caminante, pero cuyo nombre dice ser Phirio, alférez que también regresa a España, se une tan solo para corroborar esta enseñanza.

La obra de Baltasar de Collazos no es realmente un diálogo de tema militar, pues se trata de un texto de crítica social. No obstante, dedica bastantes páginas a cuestiones de esta índole, probablemente por su experiencia previa en el ejército (no en vano su otra obra conocida son unos *Comentarios* sobre la toma del Peñón de Vélez de la Gomera). En sus *Coloquios* dialogan varios interlocutores, que alternan el papel de maestro o discípulo en función del tema que se trata e, incluso, en algunas ocasiones utilizan la estructura polémica y se convierten en oponentes. De ellos, quien más a menudo trata los aspectos que tienen que ver con la vida en la milicia es Antonio, un antiguo soldado desengañado, cuya visión no dista demasiado de la que ofrecía el Milicio de Núñez Alba unos años antes. Será Fabián, otro de los interlocutores, quien ejerza habitualmente de discípulo y polemice con él en algunos casos (sin argumentos sólidos), mientras que Dionisio, el otro interlocutor principal, a menudo matiza o rebate, con más o menos fuerza, las informaciones y opiniones de Antonio.

Los interlocutores del *Diálogo* de Francisco de Valdés son Londoño y Vargas, que, en un momento de ocio o reposo entre campañas, se encuentran a orillas del Rin y aprovechan este espacio favorable para entablar una conversación pendiente entre ambos. A lo largo de sus diferentes intervenciones, Londoño ejercerá de maestro y resolverá una tras otra las dudas que Vargas le presenta sobre el oficio de Sargento mayor. Curiosamente, los nombres de los personajes coinciden con los de dos reputados oficiales de los tercios españoles con los que el autor pudo tener relación durante su carrera militar. Esto, que no es algo extraño en el género

del diálogo, no es del todo frecuente en los de temática militar, que suelen optar por denominaciones más genéricas. Aunque no debe cometerse el error de considerar que la caracterización que se hace de estos personajes en la obra es un fiel reflejo de la realidad, merece la pena comentar brevemente quiénes fueron estos dos oficiales, precisamente por su papel relevante en las campañas militares en Italia y Flandes.

Alonso de Vargas fue capitán, al igual que Francisco de Valdés, en el tercio de Lombardía, además de miembro del Consejo de Guerra (Fernández Conti; Martín Polín, 30) y aparece como firmante en una especie de visto bueno a la obra que se incluye al final del texto de Valdés:

Yo he visto este libro y me parece que el Maestre de campo Valdés escribe muy bien sobre el oficio de Sargento mayor y que será libro de mucho provecho, porque, demás de la claridad que lleva, dará principio y materia, como él dize, para que otros escriban. (1578, f. 46v)

En cuanto a Sancho de Londoño, era maestre de campo en el mismo tercio y, además, es autor del *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*, compuesto en 1568 y publicado póstumamente en 1589, que se imprimió en varias ocasiones junto al *Diálogo* de Valdés.⁶

En los *Diálogos* de Escalante, encontramos tres interlocutores: un Capitán del ejército, un Alcaide y Don Manuel, un caballero, que se encuentran en la fortaleza de Tarifa, tras haber llegado los dos primeros de Sevilla, y comienzan su conversación tras un ataque de galeras de Berbería a la plaza. Precisamente la duda sobre si es mejor responder al rebato de los enemigos y dejar desguarnecida la plaza o mantenerse en ella es la que suscita la petición del Alcaide al Capitán para que exponga su conocimiento sobre el tema. El Capitán, por tanto, ejerce en este caso el papel de maestro y da respuesta a las preguntas que plantea, fundamentalmente, el Alcaide, como interesado particular por las obligaciones que su cargo le supone. Don Manuel, a su vez, ejerce también de discípulo, pero plantea cuestiones más genéricas por no poseer el mínimo conocimiento que sí tiene el Alcaide debido a su experiencia previa en la profesión. Al final de la obra, el Alcaide decide, ante una nueva amenaza, permanecer en la fortificación como prueba de haber asimilado las enseñanzas del Capitán.

Diego García de Palacio se sirve de nuevo de solo dos interlocutores que no reciben nombre propio, sino genérico: Vizcaíno y Montañés. Ambos se encuentran en España, a donde el Montañés, militar y docto en derecho, al igual que el autor, acaba de llegar desde Indias, y el Vizcaíno le demanda información acerca de la vida militar, pues está interesado en seguirla precisamente en el Nuevo Mundo. Los mismos interlocutores se encontrarán posteriormente en una nueva obra de García de Palacio, la *Instrucción náutica*, en la que parecen intercambiar sus papeles y será el Vizcaíno quien en esa ocasión ejerza de experimentado maestro ante las dudas del Montañés sobre el servicio en la mar.

Por último, en los *Coloquios militares* de Fernán López Alfonso nos encontramos también con dos interlocutores, Quesada y Dorantes⁷. Los dos se conocen de un pasado común en servicio del Emperador y Felipe II, ya que coincidieron en Bruselas y se

⁶ Esta evidente relación entre las obras de Valdés y Londoño, unida a que este había mencionado estar preparando unos diálogos sobre oficios militares en una epístola poética a Jerónimo de Arbolache, ha hecho a algunos críticos postular su autoría para el *Diálogo sobre el oficio de Sargento mayor*, pero no hay suficientes coincidencias, ni temáticas ni de estilo, que puedan apoyar esta teoría (cfr. Bellido 2021).

⁷ El manuscrito en el que se conserva esta obra en la BNE está muy deteriorado (véase en < <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000260795&page=1> >, lo que impide en muchos folios la lectura de la obra. No obstante, se ha podido acceder a la información necesaria para las notas que se apuntan en este trabajo.

reencuentran ahora en la corte madrileña, donde Quesada reside y a donde llega su antiguo colega con el ánimo de medrar en ella. La obra alterna la narración de episodios pasados en Italia y Flandes, así como durante el levantamiento de los moriscos en las Alpujarras, con las noticias sobre la vida cortesana, siendo Quesada quien ejerce de maestro y guía de su amigo en esta nueva andadura. No obstante, el personaje de Dorestes no se asemeja a los complacientes discípulos de otros textos, sino que a menudo rebate las posturas de Quesada o muestra sus propias ideas sobre las distintas cuestiones, llegando a polemizar en varios momentos con su amigo.

En general, la preferencia por el diálogo pedagógico de la mayoría de los autores tiene un sentido plenamente lógico. Además de requerir menor esfuerzo dialéctico, implica una exposición más sencilla y ordenada de los argumentos que se desean defender. El lector poco versado en la materia podría identificarse fácilmente con el discípulo del texto y ver cómo sus dudas y posibles objeciones son respondidas de antemano por el maestro, de tal modo que se asimila un contenido, a menudo oscuro, de forma estructurada y más amena.

Los temas que podemos encontrar en estas obras son relativamente variados, desde planteamientos más generales sobre la guerra justa, la configuración de los ejércitos, las tácticas o las técnicas militares, a aspectos más concretos sobre determinados cargos dentro de la milicia, fortificación de emplazamientos, funcionamiento de la artillería, etc. No obstante, de entre todos ellos, en este artículo se revisarán de modo más concreto aquellos que se relacionan directamente con la vida dentro de la milicia, en especial, los que suscitan las críticas más habituales.

Es curioso que algunos de estos textos coinciden en una serie de ideas que podríamos casi considerar tópicos, como la de que los españoles no tienen quiénes escriban sus hazañas, lo que les hace ser infravalorados en relación con los ejércitos de otras naciones (Collazos 156-158; Escalante 1583, f. 10r-v; López de Alfonso, f. 39r-40r). Pero, más allá de estas quejas algo manidas, observamos una serie de críticas en las que también coinciden varios de las obras estudiadas y que sí pueden implicar un reflejo más directo de la realidad de la vida en los ejércitos españoles.

Uno de los temas más habituales en los diálogos militares es el de las cualidades que deben tener quienes ejerzan los cargos de más relevancia, en especial aquellos que implican el mantenimiento del orden táctico, la formación de los escuadrones o la defensa de la plaza. Precisamente en relación con este asunto, surge una de las quejas más frecuentes en estos textos, que aparecía ya en las palabras de la dedicatoria de Valdés citadas más arriba (1578, f. 3r), la de que, a menudo, quienes ejercen estos puestos en la milicia son elegidos únicamente en función de su linaje y no por su formación o experiencia en la profesión. La mayor parte de los autores de textos militares y, en concreto, de diálogos de este tema, defienden que los oficiales y, sobre todo, los capitanes o generales, deben ser personas experimentadas en la guerra y que, si es posible, hayan recibido una formación teórica sobre el oficio. No niegan la importancia del linaje, pues, de acuerdo a las ideas habituales en la época, la mayoría consideran que los caballeros nobles, en especial los descendientes de las grandes familias, son más aptos para este desempeño. Sin embargo, todos insisten en que esta condición no puede ser la única que justifique su elección. Así lo exponen Francisco de Valdés, no solo en la dedicatoria, sino en el desarrollo del diálogo (1578, ff. 5r-7v), Bernardino de Escalante (1583, ff. 42r-v, 71r-v y 148r-156v), o García de Palacio, quien dice:

MONTAÑÉS: Lo principal que, allende de lo que he dicho [Prudencia y Fortaleza], debe tener un capitán es que ame a Dios, su Rey e patria, y que, con esto, tenga paciencia, humildad, clemencia, afabilidad, templanza, castidad, modestia, liberalidad, justicia, experiencia. Y le convienen otras virtudes intelectuales, como nobleza, sciencia de la Matemática, Aritmñetica, Cosmografía, y, con ellas, conocimiento de

la influencia, curso y movimiento de las estrellas, signos, planetas y tiempos. Ha de tener mucha noticia de cosas naturales, debe ser leído en historias divinas y humanas, discreto, elocuente, de agudo ingenio y mediana edad, buena y venerable disposición y bien factionado y agradable rostro [...]. Ha de ser también casado y con familia, y juntamente ha de tener teórica y práctica de las cosas de la guerra, cuyos esenciales miembros son en esta parte todas las calidades y virtudes dichas. (1583, f. 27 r-v)

Y más adelante,

la nobleza de sangre adornada con virtud es la más excelente y de estimar que ninguna de las solas, y así, con más justo título se podrá llamar noble el que entrambas noblezas abarcare que el que con la sola nobleza de sus progenitores se contenta ni que el que, teniendo sola la adquirida propia virtud, carece de la otra [...]. Y claro es también que, cuando ambas noblezas están unidas en un capitán, huelgan más los soldados de sufrirle y estar sujetos y sometidos a su bandera y mando que si sola una de las noblezas dichas tuviera. (García de Palacio 1583, ff. 37v-38r)

Al plantear esas cualidades que todo soldado, y en especial los mandos, debe tener, a menudo surgen dos cuestiones de enorme interés: los vicios en los que no deben caer y cómo mantener la disciplina o los castigos que deben establecerse para asegurarla.

Sobre el primero de estos temas, es de destacar la insistencia que muestra Núñez Alba en denunciar la corrupción general en el ejército: solo quienes roban, engañan y se sirven de los demás acaban triunfando y son ascendidos. Lo comenta en primer lugar Milicio (Núñez Alba 1553, ff. 10r-13r), pero después será el Caminante, Phirio, quien lo confirme:

Yo, visto esto y que a muy pocos vía valer por sola virtud, con buenas y malas costumbres comencé contra mi condición a adquerir multitud de hombres que se me nombrasen amigos. [...] Encubriendo a algunos sus faltas y loando a todos su virtudes, sobrellevándoles a todos su condición y procurando no hazer ni dezir cosa por donde fuese menester sobrellevarme a mí la mía. [...] Mas luego vi que eran menester peores mañas para conservar el cargo que lo habían sido para alcançarlo porque aquel sargento pensaba que mejor sabía hazer su oficio que mejor maña se daba a hurtar más placas al Rey y más sotilmente defraudaba los soldados en lo que podía aprovechar su alférez y capitán. [...] dexada la pasada vida, me di a andar a apetito de un capitán, y tanto lo acerté a complazer que, en faltándole el alférez, me dio la bandera. Con ella, yo hurtaba menos que los otros al Rey y siempre me desvelaba en cómo mejor le serviría [...] Pues, a cabo de haber muchos días servido en este cargo, murióseme mi capitán y, por no haberse nunca ofrecido cosa en que se pudiesen mostrar mis servicios para que viniesen a noticia de quien me los hubiese de remunerar, cuando yo en recompensa dellos pensé que me dexaran la compañía, proviéronla a otro. (Núñez Alba 1553, ff. 147v-149r)

Aparte de esto, entre los vicios que se critican se encuentran los que tiene que ver con el juego y las mujeres. Así, por ejemplo, Bernardino de Escalante insiste en los problemas que el juego puede generar entre los soldados, “dándose a robar, o hacer otras trapazas y engaños, y por la mayor parte los tales son blasfemos y mentirosos”, así como se generan enemistades pendencias entre ellos, etc. (1583, f. 44v). No duda, por ello, en establecer de forma explícita

Que ningún soldado pueda jugar más de los dineros que tuviera delante y, si alguno jugara a crédito sobre la palabra y perdiera alguna cantidad grande o pequeña, se

manda que no sea tenido ni obligado a cumplir la palabra ni a pagar lo que así perdiera, y expresamente se defiende y manda que ninguno pueda jugar ni poner en juego por prensa sus armas, y que, si fuera hombre de caballo, que tampoco ponga su caballo, pero sobre otras prendas se permite que se pueda jugar. (Escalante 1583, f. 139r-v)

Similar opinión tiene sobre el trato con mujeres, del que derivan evidentes perjuicios para el ejército, pues,

los que se dan a él [vicio de la sensualidad] con facilidad se hacen cobardes en sus determinaciones y poco venturosos en ellas, y vienen a ser flojos, enfermos y perezosos y mal acreditados, señalándose más en este desorden los que se desvergüenzan a traer consigo mujeres de respecto, como se vio, marchando el Capitán Barahona con su compañía desde Crecentin a Alba en el Monferrato a juntarse con otras banderas de españoles que allí había, que siendo acometido de una emboscada de franceses, de la cual se defendió con valor, un cabo de escuadra, que estaba en las primeras hileras, dejó de pelear y se fue a poner en cobro la amiga y su bagaje. (Escalante 1583, ff. 46v-47r)

Por su parte, García de Palacio repite en varias ocasiones la conveniencia de que los mandos estén casados, por que el amor por su familia le haga más sensato, así como el deseo de ser buen ejemplo para ellos (1583, ff. 27v, 41r-v). Cuando advierte sobre el vicio sensual en los soldados, sus palabras recuerdan a las de Escalante:

Es también necesario que los soldados sean castos y templados, que, demás de ser cosa tan agradable a Dios, los vicios contrarios les estragan la virtud natural y debilitan, enflaquecen las fuerzas y se hazen inútiles para exercitar las armas. (García de Palacio 1583, f. 46r)

López Alfonso también advierte sobre los peligros del juego, aunque en un contexto cortesano, señalando, además que los pocos que ganan también se pierden por gastar esas ganancias en “sensualidades” (ff. 36r-38r).

En esta obra, aparte, se insiste en los problemas derivados de la mala disciplina de los ejércitos actuales, causa, entre otras, de que no se pudiese reprimir de un modo más rápido la rebelión de las alpujarras (f. 21r-v). Se trata de un tema, el de la disciplina, que de nuevo se convierte casi en tópico. La mayoría de los autores subrayan la importancia de que los mandos sean capaces de mantenerla y de que castiguen de modo ejemplar, pero sin crueldad, cuando sea necesario para imponerla. Así lo celebra Fernán López del Marqués de Mondéjar, por ejemplo (f. 21v).

Pero no todas las críticas a la profesión tienen que ver con la disciplina o el acierto en la elección de los cargos. El reflejo más amargo o desengañado del oficio militar aparece cuando se retrata la realidad de la fortuna que espera a quienes se alistan en busca de honra y medro. Pese a la fama que acompaña desde antiguo a la milicia de oficio para procurar honores, la situación en la época de Carlos V y Felipe II que muestran algunos de estos textos es radicalmente distinta: pobreza, penurias y escasa recompensa es lo que alcanzan los soldados que no logran el apoyo, por su apellido, de quienes reparten los cargos. Así lo expresan, por ejemplo, Núñez Alba y Collazos, cuyas descripciones de la vida militar resultan verdaderamente desalentadoras. El Milicio de los *Diálogos de la vida del soldado* casi no es reconocido por su primo Cliterio debido al mal aspecto, tanto físico como en sus ropas, con el que regresa de la guerra (Núñez Alba 1553, f. 9v). Esto es precisamente lo que da pie a las

preguntas del joven, que posibilitarán el crítico retrato del estado del ejército. En las palabras de Milicio se representa a un soldado sujeto a las veleidades de la fortuna, que es engañado por sus semejantes aunque quiera obrar bien, que sufre la parcialidad o los arrebatos de quienes deben impartir la justicia en el campo y que nunca obtiene la recompensa por su dedicación (ff. 8r-22r). Es interesante, en el planteamiento ficcional, cómo el veterano ni siquiera se atreve a decir en voz alta los nombres de los oficiales corruptos:

MILICIO: ¿No quieres que me apasione? Que habiendo venido sin necesidad de tan poco interés, por me aumentar en nobleza, a la guerra, no pagando pecho en mi tierra, lo pagase yo y todos los otros soldados sobre cuanto comíamos en el campo y los que son causa dello demanden al Rey mercedes sobre haberse enriquecido en nuestro perjuicio.

CLITERIO: ¿Quién son esos?

MILICIO: Llega acá la oreja, no tengan acaso los árboles oídos. (Núñez Alba 1553, f. 21v)

En Núñez Alba encontramos ya una de las críticas más habituales en estas obras sobre el funcionamiento de la milicia en España: la escasa recompensa que tienen quienes, habiendo dedicado toda su vida al ejército, llegan a la vejez. Baltasar de Collazos también se quejaba de esto en sus *Coloquios*, y hacía que Antonio, el soldado retirado, defendiese el comercio como mejor y más honroso oficio que la milicia (Collazos, 77-85, 127-130 y 137-141), en parte por las pocas posibilidades de medrar y de tener un retiro tranquilo que esta ofrecía:

DIONISIO: [...] harto mejor me parece un caballero hidalgo en calças y en jubón, y el jubón manchado y roído del cosolette en la guerra sirviendo a su rey, que no un sayo de terciopelo, dando o tomando a cambio en las Gradas de Sevilla o en la Bolsa de Amberes.

ANTONIO: Bien estoy con todo eso y así es verdad, pero médrase tan poco que, a cabo de veinte o treinta años que ha andado el hombre en la guerra, hállase viejo y pobre sin saber qué camino tomar, porque se tiene el día de hoy tan poca cuenta con los que lo hazen como buenos par'a ellos hazer las mercedes y dar los cargos y oficios honrosos, que desmaya a los hombres, y principalmente a los nobles y les quita el ánimo de seguir la guerra. [...] Pues para que no errase ninguno de mis hijos, si yo los tuviese, los procurarí hazer letrados en leyes o mercaderes [...].

FABIÁN: [...] antes encaminaría a mi hijo a que siguiese la guerra que no a que fuese mercader [...].

ANTONIO: Según eso, ¿capadaz de alguna heredad o escudero de alguna mujer de mercader, o mesonero, queréis vos dexar a vuestro hijo?

FABIÁN: No quiero tal, por cierto, que no se entiende que por hazerle que fuese soldado había de venir a eso.

ANTONIO: Pues el más cierto paradero que ese camino tiene es este [...]. (Collazos, 129-130 y 137-138)

De modo similar, la experiencia en el pasado hace decir a Dorestes en los *Coloquios* de Fernán López Alfonso que hubiera preferido ser letrado y que más mayorazgos hay en España por las letras que por las armas (f. 10r).

En varios de los textos se recoge, en relación con este asunto, la comparación del comportamiento de los romanos con sus veteranos frente a la situación en la época. Tanto Collazos (141), como Escalante (1583, 8r-v) o García de Palacio (1583, ff. 91v-92r) coinciden en el símil y en términos parecidos. Dice el texto de Escalante, por ejemplo:

CAPITÁN: Los Alcaldes de fortalezas y lugares, según fuero de España, han de ser hijosdalgo de padre y madre, y que ni en ellos ni sus antecesores hayan hecho traición ni alevosía por ninguna via ni manera. Y, así, antiguamente las fortalezas y defensa de lugares las encomendaban los reyes a los más principales señores y caballeros de sus reinos, y hoy día vemos que las poseen algunos de sus sucesores por juro de heredad y otros por merced que el rey les hace cuando heredan los estados de sus padres.

ALCAIDE: Harto mejor sería que se diesen a los capitanes y soldados viejos que han servido bien cuando, cansados por la edad y heridas que rescibieron, no están para asistir en la guerra.

CAPITÁN: De mucha importancia sería que fueses remunerados con semejantes entretenimientos y mejores, para que con mayor ánimo y valor los nobles, y aun los que no lo son, se ocupasen y señalasen. Y así el pueblo romano tenía por costumbre antiguamente de hacer repartimiento de las tierras y heredades en las provincias y ciudades que sus ejércitos vencían, y sujetaban a los soldados viejos que habían servido para que fuesen a servir a ellas y a descansar de los trabajos pasados [...]. (1583, 8r-v)

La diferencia entre unos autores y otros probablemente estriba en que los primeros, Núñez Alba, Collazos y Fernán López, plantean esta realidad como irremediable, pues sus personajes emplean su discurso argumentativo para rechazar el oficio y convencer a sus interlocutores de que no lo ejerzan. En cambio, para Escalante o García de Palacio este es un defecto de la vida militar que puede resolverse, lo que animaría a otros a seguir la profesión de forma valiente y virtuosa. Es decir, que en unos se impone el desengaño y en los otros la búsqueda de soluciones.

Lo que es innegable es que la crítica, más o menos desengañada, forma parte sustancial de estas obras que, aunque dediquen buena parte de su texto a la descripción de cuestiones tácticas o técnicas, nunca pasan por alto aquellos aspectos que alejan la milicia de la época del ideal caballeresco que otros textos literarios de ficción y el discurso oficial querían mantener.

En este sentido, el género del diálogo, por sus características formales, se aviene de un modo excepcional al tratamiento la vida en la milicia. La alternancia en los turnos de palabra, el aparente enfrentamiento de puntos de vista y la posibilidad de identificación del lector con el interlocutor que ejerce de discípulo contribuyen a lograr el que posiblemente es uno de los objetivos de estos autores al elegir la forma dialogada, que su enseñanza o sus ideas se asimilen de un modo más ameno.

Otros elementos hay en el género que también caminan en esa dirección, especialmente los que tienen que ver con la mimesis conversacional (cfr. Vian Herrero 1988), es decir, aquellos que sirven para dotar a la obra de la apariencia de una conversación verdaderamente mantenida, siendo, por supuesto, un texto de ficción. El acotado espacio no permite su análisis en este trabajo, pero podría poner de relieve aun más el espíritu crítico de varios de los diálogos de tema militar, en especial aquellos que recurren a la ironía o el humor en su construcción, como las obras de Núñez Alba, Collazos o Fernán López Alfonso.

Obras citadas

- Bellido, Sara. “La traducción de diálogos hispánicos de tema militar en el siglo XVI: el caso de Francisco de Valdés.” En *Actas del Congreso Internacional Las diferentes conversaciones a la vida utilísimas. La difusión del diálogo renacentista desde la filología digital (traducción, imitación, edición)*. En prensa.
- “El *Diálogo sobre el oficio de sargento mayor* de Francisco de Valdés y los textos de disciplina militar del siglo XVI.” En Pedro M. Cátedra y Juan Miguel Valero dirs., Javier Burguillo y Aarón Rueda Benito eds. *Patrimonio textual y Humanidades Digitales, IV, El Renacimiento literario en el mundo hispánico*, Salamanca: IEMYR-SEMYR, 2021. 75-86.
- Collazos, Baltasar de. *Coloquios*. Montpellier: Presses universitaires de la Méditerranée, 2018.
- Escalante, Bernardino de. *Diálogos del arte militar*. Sevilla: Andrea Pescioni, 1583.
- *Diálogos del Arte Militar*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2002.
- García de Palacio, Diego. *Diálogos militares*. México: Pedro Ocharte, 1583.
- *Diálogos militares*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2003.
- González de León, Fernando. “Doctors of the Military Discipline: Technical Expertise and the Paradigm of the Spanish Soldier in the Early Modern Period.” *The Sixteenth Century Journal* 27.1 (1996): 61-85.
- Fernández Conti, Santiago. “La profesionalización del gobierno de la guerra: don Alonso de Vargas”. En José Martínez Millán dir. *La Corte de Felipe II*. Madrid: Alianza editorial, 1998. 417-450.
- López Alfonso, Fernán. *Coloquios militares*. Biblioteca Nacional de España: Mss. 5725.
- Manzano Baena, Laura. “Estudio preliminar.” En García de Palacio, Diego. *Diálogos militares*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2003.
- Martín Polín, Raquel. “Estudio preliminar.” En Bernardino de Escalante A. *Diálogos del Arte Militar*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2002. 27-74.
- Merino Peral, Esther. *El arte militar en la época moderna: Los tratados “de remilitari” en el Renacimiento. 1536-1671. Aspectos de un arte español*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2002.
- Núñez Alba, Diego. *Diálogos de la vida del soldado*. Salamanca: Andrea Portonaris, 1553 [colofón].
- *Diálogos de la vida del soldado*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2003.
- Valdés, Francisco de. *Diálogo militar del maestro de campo Francisco de Valdés en el cual se trata del oficio de sargento mayor*. Madrid: Pierres Cosin, 1578.
- *Espejo y disciplina militar*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1989.
- Vian Herrero, Ana. “La ficción conversacional en el diálogo renacentista.” *Edad de Oro* 7 (1988). 173-186.
- “Interlocución y estructura de la argumentación en el diálogo: algunos caminos para la poética del género.” *Criticón* 81-82 (2001). 157-190.